

## *El buen discípulo* de José Luis Piquero Manual de instrucciones

Luis Muñoz

La lectura de los poemas de un autor coetáneo asalta siempre con un vaivén parecido. Como la marea, con sus dos movimientos de sorpresa, con sus dos alas blancas: conocerse en esos poemas y no conocerse. Encontrar intereses comunes, señales cómplices, encrucijadas familiares, algunas con nuestras propias miguitas de pan, y también soluciones diversas, caminos que alientan otros puntos de llegada, extrañezas.

Con **El buen discípulo**, de José Luis Piquero, el agua de mi lectura subió y bajó por sus imágenes transparentes que detienen o agilizan la experiencia, por la nitidez de su lenguaje, y por su carácter de pequeña libreta de navegación, de lugar donde anotar las primeras constataciones de la vida, las operaciones de su funcionamiento incierto.

José Luis Piquero, siguiéndole los pasos a su propia experiencia, y con una escritura suelta, ligera, de retazos hermosos, parece confeccionarse un plano de las rutas superadas, de los atajos que pudiera haber emprendido. Reflexiona, con el material sobre la mesa, marca con lápiz, se balancea, hace balance, borra. Termina cuentas que le confieren un cierto tinte moral, no muy cargado afortunadamente, que se adivina ya en el título irónico, amargo, endulzado.

Algunos poemas me parecen especialmente redondos, y cálidamente afines: “Romeo en el internado”, “En el camping” y “El buen discípulo”. Resuelven sin gravedad y sin tentación chistosa historias intensas, apasionadas. Y confieren a la poesía su estrecho espacio, su sentido despierto: ser el lugar donde una voz baja hace que las experiencias se cobren no sólo algunas víctimas, alguna pieza del conocimiento, sino también una primera fila para ser revisitadas, para invitar a su proyección interiorizada, novedosa, palpitante. Como a sesiones de un reestreno.